



CONGREGATIO PRO CLERICIS

XIX DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO - AÑO C

Citaciones

Sg 18,6-9:

<http://www.clerus.org/bibliaclerusonline/es/9ajjihr.htm>

He 11,1-2:

<http://www.clerus.org/bibliaclerusonline/es/9abrwwk.htm>

Lc 12,35-48:

<http://www.clerus.org/bibliaclerusonline/es/9bwfbal.htm>

En este domingo, la Palabra de Dios nos anima a estar atentos a la espera del Señor: *estote parati!* En la vida terrenal, todo está en función de la unión con Dios. En consecuencia, es necesario estar atentos al hecho de que cualquier clase de tesoro, antes o después, polariza fácilmente nuestro corazón.

En la primera Lectura se proclama: “Tu pueblo estaba esperando la salvación de los justos, la ruina de los enemigos”. El pueblo de Israel, como también la Iglesia, advierte la problemática del insertarse de los creyentes en contextos paganos o, en la época moderna, incluso ateos. Este problema se encuentra en Egipto, después en la tierra de Canaán y más agudamente cuando los hebreos se pusieron en contacto con la cultura helenística. Muchos fueron seducidos por la filosofía pagana, además de las religiones místicas y de la astrología.

También nosotros somos un *pequeño rebaño*, que está en el mundo pero no es del mundo. Localizar, con la ayuda de la gracia divina, la estrategia adecuada para enfrentar este problema es de capital importancia hoy para la Iglesia, expuesta como está al riesgo de perder de vista su identidad en el esfuerzo laudable del diálogo con todos y al confrontarse, necesariamente, con todo viento de doctrina (cf. Hebr 13,9). El cristiano debe estar persuadido de tener un tesoro para compartir con todos los hombres: la *Fe para la salvación de todo el que cree* (cf. Rm 1,16). Pero, para hacer esto, cada uno debe realizar un doble esfuerzo: profundizar en su Fe y encontrar el lenguaje apto para el hombre moderno. En todo momento nuestra Fe puede estar expuesta a ataques destructores. No obstante, sabemos que es mejor obedecer a Dios que a los hombres. Al final de la vida terrenal, en espera de Cristo juez, debemos poder decir con San Pablo: “he combatido el buen combate, he conservado la Fe, ahora me queda solamente esperar la corona de gloria que Cristo me entregará en el último día” (2Tm 4,7-8). Por lo demás, ¿de qué serviría buscar la complacencia del espíritu del mundo, buscar la popularidad, la gloria de los medios de comunicación, la fortuna política o económica, si después se pierde la propia alma? (cf. Mc 8,36)

El pasaje evangélico también nos anima a vivir en función de los bienes eternos. Cristo nos exhorta a no depositar nuestra esperanza en las cosas contingentes de la tierra, sino en los tesoros acumulados en el cielo. El cristiano busca antes que nada el reino de Dios y su justicia, sabiendo que todo lo demás le será dado (Mt. 6,33).

La salvación eterna trae consigo interrogantes insolubles para el hombre, fuera de la Fe. Para ser partícipes de la vida divina, es necesario adherirse totalmente a la Fe. No basta creer “en” Dios, sino que es necesario creerle “a” Dios. El hombre moderno está dispuesto a creer que Dios existe, pero se deja llevar por los demonios del poder, del tener, del placer, del aparecer... ¿Cómo hacer para buscar el bien terrenal necesario, sin convertirnos en esclavos y sin perder de vista los bienes eternos?

El Señor se dirige a los fieles como a aquellos que, en la sociedad contemporánea, tienen que conservar la vigilancia espiritual. Pero, si se dejan sorprender por el sueño, por la preocupación del materialismo, se exponen al riesgo de un horrible despertar. Si se abandonan y se dedican a la bebida, a comer, a embriagarse, o quizás a todas las “orgías” de una sociedad y una cultura masificadas, el dueño llegará cuando menos lo esperan y *los castigará duramente*. Por lo demás, “a quien mucho se le

ha dado, mucho se le pedirá” (Lc 12,48). Y esto vale sobre todo para los consagrados, sin olvidar que el Señor quiere que todos, laicos y no laicos, *seamos perfectos como el Padre celestial es perfecto* (cf. Mt 5,48) y que *la voluntad de Dios es nuestra santificación* (cf. 1Ts 4,3).

En la segunda lectura de la Misa, en fin, se habla repetidamente de la Fe como virtud fundamental de los patriarcas y de los santos. En particular, Abraham es tipo del hombre de fe, tanto para el Antiguo como para el Nuevo Testamento. La Fe es un acto de noble sumisión de la razón y de la voluntad, que se basa en la promesa de Dios. Pero decir promesa significa algo que nos envía al futuro. Nosotros confiamos en el porvenir, porque tenemos motivos fundados de confianza en Dios, que se reveló a Abraham a Jacob, a Moisés...

Todo esto nos lleva a estar atentos a las *realidades del cielo*. La Fe no fuerza nuestra inteligencia: creemos porque nos fiamos de la autoridad de Dios que revela. Esto es bien razonable, pero reclama también un “plus” respecto a la sola racionalidad: como decía Pascal, sabemos que *el corazón tiene razones que la razón no comprende*. El acto de nuestra Fe es provocado por la Esperanza de los bienes futuros, pero a su vez es soporte de la Esperanza. Por eso el autor de la Carta a los Hebreos afirma que *la fe es fundamento de las cosas que se esperan*.

Por la fe Abraham partió sin saber adónde iba. También hoy la Fe nos pide llevar a cabo un éxodo del horizonte puramente material, que parece dominar toda nuestra existencia, hacia la tierra prometida: el Paraíso. El Paraíso que no es una quimera, que no es una fábula azucarada, ¡sino una realidad!

Pero caminando hacia los horizontes eternos, aunque no sabemos qué nos espera, sabemos que *seremos semejantes a Él porque lo veremos como Él es* (cf. 1Gv 3,1-2). La Fe no nos desvela abiertamente la meta y es la Esperanza la que nos sostiene en el camino. La esperanza, por tanto, nos es necesaria para perseverar en la Fe.

Además, el esfuerzo de nuestra Fe debe ser firme, para estar al resguardo de las innumerables seducciones que recortan nuestras alas. La inteligencia debe enfrentarse con miles de objeciones; la voluntad debe resistir a las sollicitaciones que quisieran llevarla a salir del recto sendero: porque el corazón querría ser un nómada, sin hogar fijo. El creyente, como el pueblo del Éxodo, nunca está al resguardo de la nostalgia de las cebollas de Egipto y quisiera volver sobre sus pasos... ¿Qué hacer, pues? Mantenernos firmemente anclados en la promesa de Dios, porque *los dones y la llamada de Dios son irrevocables* (cf. Rm 11,29).